

control. Aunque el tema de Cristo como del que ha abierto el camino al cielo no aparezca en la "Vida", forma parte del mismo contexto conceptual. J. DANIELOU, *Les démons de l'air...*, 140-147.

(65) El movimiento monacal es fundamentalmente un movimiento laico. En la época de S. Atanasio eran poquísimos los monjes que estaban en algún grado de la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, en muchas de las colonias de anacoretas el sacerdote de la iglesia central parece haber gozado de cierta autoridad. La existencia de monjes clérigos se explica por una doble razón: por una parte, había clérigos que se hacían monjes; por otra, la necesidad de contar con sacerdotes para las celebraciones litúrgicas, obligó a los monjes a hacer ordenar algunos de entre ellos para el servicio pastoral. De todos modos, aun esto era excepcional en el monacato primitivo; de hecho, S. Pacomio prefería asistir a la iglesia parroquial o invitar a un sacerdote secular a celebrar en el monasterio, en lugar de dejar ordenarse a sus monjes. No ha de verse en esto de por sí un desprecio por el ministerio sacerdotal, sino el temor a perder el valor propio de su vida ascética por las responsabilidades pastorales de una vida sacerdotal consecuente. S. Atanasio mismo se preocupó de disipar algunos escrúpulos en monjes a los que deseaba confiar el episcopado; indirectamente hace el reproche de querer despreciar el estado clerical como inferior en perfección al monacal; cp Ep ad Drac. 9. COLOMBAS 52; 68; 111. Un Sínodo de Zaragoza en 380, contra los priscilianistas, prescribe que un clérigo que se haga monje por orgullo, suponiendo que ésta es una mejor observancia de la Ley, debe ser excomulgado. MEYER 126. La insistencia de S. Atanasio al presentar este rasgo edificante de S. Antonio, es alusión indudable a la existencia real de un cierto menosprecio por los clérigos en los ambientes monacales que conoció o frecuentó. Este va a hacer un punto de fricción constante a lo largo de la historia de la Iglesia, con las disputas medievales entre seculares y regulares, hasta las modernas discusiones sobre el sacerdocio de los monjes y sobre el valor de la vida retirada. Es interesante hacer notar que en las controversias que en los siglos XI-XII opusieron a benedictinos y canónigos regulares, S. Antonio fue invocado por ambos lados. J. LECLERQ, *S. Antoine dans la tradition monastique médiévale*, Stud. Ans. 38 (1956) 239.

(66) Aunque la "Vida" no utiliza la palabra "*apátheia*", el estado aquí descrito de perfecto control de sí mismo, de estabilidad, de libertad de toda pasión, corresponde a ella. El alma purificada ha llegado, pues, a lo que siempre ha constituido el ideal de todo asceta: junto a la estabilidad moral se tienen la pureza y la vida del alma de acuerdo a su naturaleza. El hombre que ha logrado este alto grado de perfección, está libre de distracciones de este mundo y de los ataques del demonio, y puede entonces dedicarse por completo a la contemplación de las cosas divinas. Ya nada lo perturba, ni es desgarrado de un lado a otro por sus deseos o inquietudes. De ahí que todo lo que turbe su alma o la saque del equilibrio logrado, es malo; es bueno todo lo que favorezca la estabilidad lograda. CASIANO, *Coll* 9.2.1 denominará este estado: inmóvil tranquilidad del alma. Esta expresión no es otra que la versión latina de la "*apátheia*", concepto esencial de la filosofía estoica, y que pasó al lenguaje espiritual cristiano a través de los alejandrinos Clemente y Evario Póntico, aunque eliminando en parte la negación de lo humano que ella comporta. Para el cristiano, Cristo aparece como el verdadero "*apathés*". S. Antonio aparece, pues, imperturbable en su alma, pero llevado por un inmenso amor a Dios y a sus hermanos, cuya vida y sufrimientos no le son indiferentes. LORIE 108-126.

(67) Llamados así según Melecio, ob. de Lycópolis en Egipto (c. 325). No deben confundirse con el obispo homónimo de Antioquía y su cisma, medio siglo más tarde. A raíz de la persecución de Decio, se enfrentan a partir de 306 Melecio y Pedro de Alejandría, el futuro mártir, entonces encarcelado. Melecio propugna una actitud severa con los "lapsi" o cristianos apóstatas de la persecución. Deportado él mismo, a su regreso organiza en

Egipto una jerarquía cismática. Posteriormente el Concilio de Nicea tomó medidas en su contra. Estos melecianos se unieron a los arrianos, destacando en su lucha contra S. Atanasio. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.* 282.

(68) Una vieja herejía gnóstica, llamada así por su fundador Mani (aproximadamente entre 216 y 275). Está vinculado al sincretismo religioso que caracterizó el período parto. Mani, primero baptista mandeo, entra en contacto posteriormente con diversas formas religiosas; cristianismo, budismo, religiones helenistas, zoroastrismo, y de todas ellas toma elementos para su nueva religión. Ella va a tener expansión universal, desde China hasta Africa del Norte (que tuvo entre sus miembros también a S. Agustín en la primera época de su vida), y se va a prolongar hasta la Edad Media. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 230-232.

(69) Es la gran herejía del siglo IV. Toma su nombre de Arrio, libio, nacido en la segunda mitad del siglo III, y era presbítero de Alejandría. Tal vez perteneció al cisma meleciano (ver nota 67). Hacia 318 se opone violentamente a su obispo, Alejandro de Alejandría, en un punto de la teología trinitaria: defiende el subordinacionismo ontológico del Verbo. La controversia arriana, que conmovió toda la cristiandad y que alcanzó contornos a veces violentísimos, ocupó toda la vida de S. Atanasio, desde que era diácono de Alejandría. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 287 ss.

(70) Aquí la palabra “hermanos” parece más bien significar “cristianos”. Así la fórmula “los obispos y todos los hermanos” abarca toda la comunidad cristiana. LORIE, 36. Cp nota (1).

(71) E (PL 73, 157C) añade: No se puede expresar cuánto sirvió la predicación de este gran hombre para fortalecer la fe del pueblo.

(72) “Varón de Dios”, “Hombre de Dios”. Título dado ya por la Escritura a ciertos hombres escogidos por Dios, que se distinguían por su palabra y hechos poderosos (especialmente Moisés y los profetas; cp Hech 7, 22). S. Atanasio presenta a S. Antonio según el esquema típico ya existente del “Hombre de Dios” bíblico, además de algunas connotaciones del “Hombre divino” helenista. Este esquema ya es reconocible en el ideal de perfección de Clemente y Orígenes. De todos modos, S. Antonio es presentado como el “Hombre de Dios” ejemplar. De los diversos matices, destacan al asceta y luchador contra los demonios, amigo de Dios; otros quedan menos subrayados como el taumaturgo o el profeta. Finalmente, toda la vida y acción de este “Hombre de Dios” es guiada y mantenida por la fe en Jesucristo, el Dios hecho Hombre. B. STEIDLE, o.c. 148-200.

(73) Literalmente: “no habiendo aprendido las letras”. ¿Es éste un rasgo realmente histórico? Algunos autores (L. v. HERTLING, MEYER) piensan que esto sólo significa que no recibió la formación retórica y humanística que habría sido usual en una familia acomodada como la de Antonio. COLOMBAS piensa que este rasgo (cp tb 1, 1; 73, 1) es reflejo de un propósito de S. Atanasio: probar que no son las letras sino la virtud lo que acerca a Dios, y que la profunda sabiduría de S. Antonio no se debía a su formación humana sino a la ilustración divina. COLOMBAS, 63.

(74) CASIANO, *Inst.* 5, 33 s. trae algo semejante de apa Teodoro: “Una vez que trataba de esclarecer una cuestión muy oscura, persistió infatigable en la oración siete días y siete noches consecutivas, sin cesar en su empeño, hasta que mereció conocer, por una revelación divina, la solución deseada”. “El monje que suspira por conocer a fondo las divinas Escrituras no debe preocuparse demasiado de hojear los comentarios, sino enderezar sobre todo el cuidado de su espíritu y el ardor de su corazón a depurarse de sus vicios y pecados”. (Trad. de L. M. y P. M. SANSEGUNDO, Ed. Rialp, Madrid, 1957, 216-217).

(75) Aquí se advierten dos elementos bien conocidos de la psicología antigua: la pre-existencia y la metempsicosis del alma. En el ámbito griego esta creencia es propia sobre todo del orfismo, de Pitágoras, Plantón, los gnósticos y el neoplatonismo. MEYER, 130.

(76) Es la “*Psykhē*”, “alma del mundo”, “alma del todo”, “alma cósmica”, tercero de la Tríada de Principios Divinos de Plotino, de la cual emanan las almas individuales.

(77) Es el “*Nous*”, segundo de la Tríada plotiniana.

(78) En verdad, en la doctrina plotiniana el principio emanatista permite la identificación del Alma y las almas sólo hasta cierto límite.

(79) Es el primer principio de la Tríada de Plotino, llamado también “Uno”, “Absoluto”.

(80) Son las divinidades tutelares egipcias, cuyo culto se había extendido también entre griegos y romanos. Se alude a la larga búsqueda que debe emprender Isis tras el cuerpo de su esposo Osiris, asesinado y posteriormente descuartizado por su hermano Tifón. MEYER, 132.

(81) Kronos (el Saturno de los romanos). El más joven de los titanes, hijo de Gea y de Urano, a quien despojó del gobierno del universo. Casado con su hermana Rea, reinó con ella sobre el mundo. Según un oráculo, sería destronado por uno de sus hijos; para evitarlo, los devoraba apenas iban naciendo. Por una astucia de su madre Rea, pudo salvarse Zeus, que, cuando llegó a adulto, declaró la guerra a los titanes y a su padre, vencidos los a todos.

(82) E (PL 73, 159C) añade: “Avergüencense del parricidio y del incesto de Júpiter; avergüencense de sus coitos con mujeres y muchachos. El, como cantan sus poetas, en el culmen y furor de su espantosa lujuria, lanzaba placenteros quejidos. El se arrojó dentro del seno de Dánae, como amante y como precio. Con armoniosas alas buscó los abrazos de Leda. Encarnizándose con su propio sexo, manchó en mala hora el hijo del rey.

(83) La utilización de la alegoría aparecía a los cristianos como el último y desesperado esfuerzo por defender el panteón pagano contra burlones e incrédulos. De ahí la frecuente crítica de los primitivos escritores cristianos contra la alegoría como racionalización de los antiguos mitos. MEYER, 132.

(84) “*Demiurgós*” e.d. artesano. En el lenguaje filosófico pagano se suele usar la palabra para el Creador del universo. En el NT se halla en Hebr 11, 10. La literatura cristiana usó el término también del demonio, como autor del mal. Pero su uso preferente era aplicado a Dios Creador. LAMPE, 342.

(85) E (PL 73, 160C) añade: Harto duro parece esto para todo trabajo, ya que después que uno ha hecho todo como corresponde, se da el mérito del trabajo más a lo hecho que al que lo hizo.

(86) “*Deisidaimonía*”; para los paganos significaba normalmente “respeto debido a los dioses”, “religión”; para los cristianos significaba “superstición, falsa religión”. Cap tb Hech 17, 22. LAMPE, 335; MEYER, 133.

(87) S. Serapión (cp tb 91, 11) fue superior de una colonia de anacoretas antes de llegar a ser obispo de Thmuis en el Bajo Egipto. Según los testimonios de los historiadores cristianos, fue hombre de gran santidad y saber. S. JERONIMO, en su *De vir. ill.* 99 le atribuye el sobrenombre de “*Scholasticus*”, y dice que escribió un tratado contra los maniqueos, uno sobre los títulos de los salmos y varias cartas. En PG 40 se conservan una Carta a Eudoxio y otra a los monjes, además de fragmentos de su tratado contra los maniqueos. La obra más conocida que se le atribuye es el “*Eucologio*” o Sacramentario; es una colección de treinta oraciones litúrgicas, de gran importancia para la historia de la liturgia cristiana antigua. Siendo amigo de S. Atanasio, se vio envuelto en la controversia arriana, fue también expulsado de su sede episcopal. Murió en 362. H. ROSWEYDE, PL 73, 186D; MEYER, 134; LAMPE, xxxix.

(88) Al decir la “Vida”: “el actual asalto”, parece indicar que estos sucesos ocurrían cuando S. Atanasio escribía el libro. Por lo demás, en la “Apología de su fuga”, describe, tal vez con algo de hipérbole, las crueldades y excesos de los arrianos.

(89) E (PL 73, 163B) añade: Entonces, consiguiéndose a los obreros paganos como escolta y llevando palmas (que es signo idolátrico en Alejandría), obligaron a los cristianos a ir a la iglesia, para que se los tomara por arrianos. ¡Qué horror! El ánimo no se atreve a contar lo que pasó. Vírgenes y damas fueron violadas. Se vertió la sangre de las ovejas de Cristo en el templo de Cristo, y con ella rociaron los venerables altares. El bautisterio fue profanado por los paganos a voluntad.

(90) Esta comparación de los arrianos con las mulas es característica del lenguaje de la época, y refleja el concepto que tenía S. Atanasio de los herejes.

(91) “*Doux*”, del latín “*dux*”. Era el título del comandante militar de una o varias provincias. Este oficio fue creado por el emperador Diocleciano, al separar los poderes civiles y militares, debilitando así la autoridad de los prefectos que hasta entonces ejercían ambos poderes. LAMPE, 385; MEYER, 135.

(92) *Apotegmas de los Padres*, Antonio, 10; Guy, 21, Dion, 31; PL 73, 858A.

(93) Metáfora tomada de la unión de los atletas en los juegos deportivos de griegos y romanos. MEYER, 135.

(94) Desde los primeros días de la Iglesia se tuvo la costumbre de honrar los cuerpos de los mártires y de los hombres santos. Es probable que S. Atanasio y S. Antonio rechacen no el hecho de que se los honre, sino de que se guarde los cuerpos en las casas en lugar de sepultarlos como había sido siempre la costumbre cristiana. En todo caso, que el mismo honor se diera a los mártires y a los hombres santos, demuestra una vez más que la vida ascética había tomado todos los paralelos del martirio. E. E. MALONE, o.c. 216 s.

(95) En la medida en que el cristianismo, con su visión espiritualizada de la vida más allá de la muerte, fue penetrando las costumbres egipcias, fueron disminuyendo el embalsamamiento y la momificación, prácticas asociadas a la creencia en la necesaria participación del cuerpo en la otra vida.

(96) La tradición ha identificado a estos monjes como Amatas y Macario (PALADIO en su “*Historia Lausiaca*”), o Isaac y Pelusiano (*Vida de S. Hilarión*). H. ROSWEYDE, PL 73, 192B.

(97) E (PL 73, 167C) añade: “De la alegría de su rostro podía conocerse la presencia de los santos ángeles que habían descendido para conducir su alma”. La aparición de ángeles en la muerte de un santo hombre es rasgo típico en las “Vidas” posteriores. Es motivo igualmente frecuente el resplandor o la alegría en el rostro del agonizante. B. STEIDLE, o.c. 173.

(98) La tumba fue descubierta en 561, y su cuerpo trasladado a Alejandría. Cuando los sarracenos dominaron Egipto en 635, los restos fueron llevados a Constantinopla. Desde allí fueron trasladados a Francia a fines del siglo X o comienzos del XI, y desde 1491 se guardan en la iglesia de San Julián en Arles. *Lexikon f. Theol. u. Kirche*, 3a. ed., 1957, 667. COLOMBAS, 62, no parece compartir esta opinión. Sobre el dato del texto, cp Dt 34, 6.

(99) También estos detalles corresponden a los de la vida de Moisés; cp. Dt 34, 7. Cp tb B. STEIDLE, o.c. 159 ss.

**VIDA DE SAN PABLO,
PRIMER ERMITAÑO (228-341)
EXTRACTO DE LA “VITA PAULI EREMITAE”
ESCRITA POR S. JERONIMO (1)**

1. Al empezar S. Jerónimo esta vida tan ejemplar y conmovedora, refiere que en su tiempo se discutía sobre “quién fue el primero de los ermitaños”, llegando algunos a atribuirlo a Elías, o al Bautista. “Pero yo creo —dice el Santo Doctor— que Elías, más que ermitaño, es un profeta, y S. Juan lo fue ya antes de nacer”. La cuestión está, pues, entre S. Pablo y S. Antonio, “de quién de los cuales fue rigurosamente el primero, aunque S. Antonio encabezó este movimiento y dio el impulso a este género de vida”. Y el mismo Santo Doctor (2) resuelve esto diciendo: “En cuanto a la vida eremítica en los grandes desiertos, el *primero* fue S. Pablo, el *maestro* S. Antonio y el *príncipe* S. Juan Bautista”.

2. **Nacimiento y primeros años de su vida.** Nació S. Pablo en el año 228 (3) en la Tebaida inferior. A la edad de 15 años perdió a sus padres, quedando con una hermana ya casada, dueño de una rica herencia, muy instruido en las letras griegas y egipcias, pacífico de corazón y muy amante de Dios. Como retumbase el temporal de la persecución, huyendo el joven Pablo del peligro del alma más bien que del martirio, se retiró a una casa de campo remota y escondida, teniendo entonces unos 22 años.

En efecto, sucedía esto, como añade S. Jerónimo, “durante la espantosa persecución de Decio” (249-251), en la cual murieron

144.000 fieles de la Tebaida, y cuya satánica crueldad, descrita por el Santo Doctor, consistía principalmente en las terribles tentaciones, con las cuales, “el enemigo no buscaba los cuerpos, sino las almas”. No quería hacer mártires, sino apóstatas; “y aun los que habían resistido a las sartenes enrojecidas”, a no ser por una gracia especialísima de Dios, eran vencidos por tan infernales procedimientos.

3. **Estos eran, pues, los peligros del alma** de los cuales huía el joven Pablo al salir de su casa en busca de un lugar de refugio entre las montañas que se extienden hacia el Oriente, como explicaremos. A una prudente distancia de la población se habría quedado, esperando el final de la persecución, a no ser por la circunstancia que refiere S. Jerónimo, diciendo: Que el marido de la hermana, para quedarse con la herencia del Santo joven, empezó a querer delatar ante los tribunales al que debiera haber encubierto. No le enternecieron las lágrimas de la esposa, ni la proximidad del parentesco, ni el mismo Dios, que de lo alto lo ve todo: nada fue capaz de apartarle de su crimen. Imperturbable, insensible, persistía en su propósito, aun disfrazando su crueldad con capa de piedad. De lo cual enterado el prudentísimo joven, se alejó más todavía por la antedicha cordillera (4) en dirección a la costa del Mar Rojo. Conformado, pues, con la voluntad de Dios, “convirtió la necesidad en voluntad”. De este modo, avanzando poco a poco, para después detenerse, y haciéndolo así muchas veces, por fin llegó a una “montaña de piedra” (5), a cuyos pies una cueva no muy grande cerrábase con una roca. La cual apartada (según el deseo de los hombres, de conocer lo oculto); y explorando con la mayor atención, advirtió más adentro un gran vestíbulo que, a cielo descubierto, sólo tenía a manera de techo las prolongadas ramas de una antigua palmera, al lado de una fuente de agua cristalina, cuya corriente a poco de brotar era absorbida por la misma tierra que la había engendrado. Había también por aquel monte de peñascos muchas otras cuevas (6), en las que se veían yunques, martillos y moldes con que se acuña la moneda. De este lugar dicen los libros egipcios que fue una fábrica clandestina para hacer moneda falsa por aquel tiempo en que se unió Marco Antonio con Cleopatra (7).

4. Por lo tanto, habiendo puesto su corazón en esta morada, como si Dios se la hubiera deparado, allí permaneció en oraciones

y soledad aquellos 91 años que le quedaban hasta su muerte. La palmera, con sus hojas le ofrecía con qué hacerse el vestido y con sus dátiles la comida con que se alimentó hasta la edad de 53 años. Desde esta fecha, Dios proveyó milagrosamente con el pan del cielo, como luego se dirá.

5. S. Antonio visita a S. Pablo. En 341, “habiendo llegado S. Pablo a los ciento trece años de su vida celestial en la tierra, y habitando en otra soledad S. Antonio (8), que a la sazón era nonagenario (como él mismo solía decir), empezó a molestarle una tentación de vanagloria, fijándose en su mente el pensamiento que nadie habría servido a Dios por tanto tiempo en una austeridad de vida como la suya y tan retirado de toda comunicación con el mundo en los grandes desiertos. Dios permitió esta tentación para cumplir sus altísimos destinos. Y en efecto, mientras S. Antonio descansaba, en la noche siguiente, le fue revelado que otro ermitaño había mucho mejor que él y que debía ponerse en camino para visitarle. Luego de amanecer, el venerable anciano, sosteniendo sus débiles miembros con la ayuda de su cayado, empezó a caminar hacia un lugar desconocido, confiando en el Señor que le mostraría aquel portento de santidad. Al llegar a mediodía, derretíase, ciertamente, bajo los ardientes rayos del sol, mas no desistía de seguir el camino emprendido, diciendo: Confío en mi Dios que me hará encontrar a mi consero, según me ha prometido”.

Apenas había dicho esto, cuando vio pasar un animal, medio hombre y medio caballo, al cual los poetas llaman *hipocentauro* (9). Antonio hizo sobre su frente la saludable señal de la cruz (10) y luego le preguntó: “¡Hola, dime: ¿en qué parte de esta montaña mora el siervo de Dios?” Y el monstruo, que más parecía ensañar que hablar, profirió unos sonidos bárbaros, y buscó con su áspero y espantoso rostro la suave voz del viejo y, extendiendo su derecha, le mostró el camino que deseaba. Hecho esto, se dio a la fuga por aquellos médanos, y como volando desapareció de los ojos de Antonio. Ahora, si esto haya sido ficción maliciosa del demonio para espantarlo, o si acaso el yermo, tan fecundo en animales monstruosos, haya engendrado también esta bestia, queda incierto.

Admirado, pues, Antonio de lo que había visto, y revolviendo en su pecho lo que había pasado, prosiguió su camino.

Al poco rato vio en un valle peñascoso a un hombrecillo pequeño, con la nariz ñata; sobre la áspera frente tenía unos cornuzuelos y la última parte de su cuerpo remataba en pies de cabra. Antonio, sin turbarse tampoco por este espectáculo, asió como buen luchador el escudo de la fe (11) y la cota de la esperanza. Pero no obstante su repugnante aspecto, el sobredicho animal le trajo, como en prenda de paz, unos dátiles para el sustento de su camino. Viendo esto, San Antonio se paró y, preguntándole quién era, ése le contestó: “Yo soy mortal y uno de los moradores del yermo, que la gentilidad, engañada por sus muchos errores, adora y reverencia bajo los nombres de sátiros, faunos e íncubos. Vengo a ti como embajador de mi manada a pedirte ruegues al Dios común de todos, el cual sabemos que vino por la salud del mundo, y su fama se divulgó por toda la tierra” (12).

Oyendo estas palabras, el viejo caminante regaba su rostro con lágrimas en señal de la gran alegría que sentía su corazón, y holgábase mucho por la gloria de Cristo y la caída de Satanás. También se admiraba de cómo había podido entender sus palabras. Luego golpeó con su báculo la tierra y dijo: “¡Ay de ti, Alejandría, que adoras a los monstruos en vez de Dios! ¡Ay de ti, ciudad ramera (13), a la cual han concurrido todos los demonios del mundo! ¿Qué podrás decir ahora, pues las bestias alaban y confiesan a Cristo: y tú en lugar de Dios honras a los monstruos?”

El santo viejo pasó adelante sin ver por el camino otra cosa sino huellas de bestias y la inmensa vastedad del desierto. No sabía qué hacerse ni a qué parte echarse. De esta manera había pasado ya el segundo día. Sólo le quedaba como único consuelo confiar que Cristo no podía desampararlo. La segunda noche oscura la gastó toda en oración: y en las penumbras del crepúsculo matutino vio de lejos la sombra de una loba que corría jadeante de sed hacia las estribaciones de un monte. Y clavando en ella sus ojos, vio allí cerca una cueva. Yéndose la loba, Antonio se fue allí y comenzó a mirar hacia adentro. Mas la oscuridad reinante no le permitió satisfacer su curiosidad. Pero, como dice la Santa Escritura, la caridad perfecta echa fuera el miedo (14), poco a poco pasó adelante y, conteniendo su respiración, nuestro solícito explorador entró en la cueva. Adelantó paso por paso, parándose a menudo, y escuchaba con atención, si conseguía oír algún ruido. Finalmente columbró de lejos una luz a través del horror de la

noche ciega y, mientras avanzaba aún más animado, tropezó con una piedra e hizo un ruido.

A este sonido cerró el bienaventurado Pablo su puerta y apretó el cerrojo.

Entonces se arrojó Antonio al umbral y estuvo allí hasta mediodía y aun más, rogando que le abriese. “Bien sabéis, decía, quién soy y de dónde vengo y a qué he venido. También yo sé que no merezco veros. Mas, a pesar de esto, no me iré de aquí sin haberos visto. ¿Por qué, admitiendo las bestias, desecháis al hombre? Os he buscado y hallado; ahora llamo a la puerta para que me abráis. Si no lo consigo, moriré aquí delante de vuestros umbrales: así a lo menos habréis de enterrar mi cuerpo”.

Enternecido S. Pablo al oír estas palabras, contestó:

“Nadie pide gracias con amenazas; ninguno hace agravio con lágrimas. Y si vienes para morir ¿de qué te admiras si no te recibo?”

7. “Diciendo esto y sonriéndose, *abrió de par en par*; y mientras se abrazaban con grande amor y ternura, saludáronse por sus propios nombres, como si desde mucho tiempo antes se hubieran conocido. Y al momento, movidos por un mismo impulso, levantaron los ojos al cielo, dando gracias al Señor por aquella merced de que al fin se hubieran encontrado. Por último, después de besarse con el ósculo santo, sentáronse aquellos dos venerables ermitaños, y empezó S. Pablo a hablar de esta manera:

—“Aquí tienes, Antonio, al que has buscado con tanto trabajo: mira estos miembros consumidos ya por la vejez; he aquí, desgreñado y cubierto de canas, a un hombre que muy pronto se convertirá en polvo. Pero, ya que la caridad todo lo dispensa, cuéntame, te ruego: ¿Cómo anda el género humano? ¿Todavía se construyen casas nuevas en ciudades antiguas? ¿Quién gobierna el mundo? ¿Hay todavía gente ciega que adora a los demonios con el culto supersticioso de los ídolos?”

De todo le dio cuenta S. Antonio al por menor; quien, a su vez, preguntó luego a S. Pablo con qué ocasión había venido al desierto, cuántos años había vivido en aquella soledad, cuántos tenía de edad, y cómo se había sustentado y pasado tanto tiempo?, etc. Y S. Pablo, para satisfacer el deseo de S. Antonio, le informó brevemente de toda su vida.

8. El pan del cielo: “Doble ración a los soldados de Cristo”.

Estando en estas pláticas aquellos dos ángeles de la tierra, vino a interrumpir tan sabroso diálogo el aleteo de un cuervo, que airoosamente se posó sobre la rama de un árbol frente a ellos, y de ahí, bajando en suave y ondulante vuelo, depositó ante sus ojos maravillados un pan, desapareciendo luego en el espacio.

—“¡Ea, hermano, dijo entonces S. Pablo; he aquí que el Señor nos ha enviado la comida! ¡Oh qué bueno y misericordioso es Dios! “Sesenta años hace ya que recibo siempre medio pan cada día, y “ahora, porque has venido, envía doble ración a sus soldados”.

Una piadosa contienda. Luego, después de rendir la debida acción de gracias, sentáronse ambos al lado de la cristalina fuente para comer. Mas sobrevino entonces una contienda sobre quién debía partir el pan, y en tan piadosa porfía de humildad discutieron hasta el anochecer (15). Pablo se fundaba en la costumbre de tratar con deferencia a los huéspedes y Antonio se defendía diciendo que él era más joven y por derecho le pertenecía a Pablo, en razón de la edad. Por último, asiendo el uno de una parte el pan y el otro de la otra, lo partieron; y dando infinitas gracias a Dios, tomaron su alimento. Después de esto, arrimando su boca enjuta a la corriente clara del arroyuelo, sorbieron un poco de agua; e inmolando a Dios el sacrificio de alabanza, y conversando después sobre las cosas de Dios y del cielo, deslizáronse en santas pláticas y oraciones las vigiliass de la noche”.

9. S. Pablo pide ser amortajado con la capa de S. Atanasio. “Al amanecer del nuevo día S. Pablo dirigióse a S. Antonio, diciendo: —“Mucho tiempo hace, hermano Antonio, que yo sabía que morabas por estos contornos; y tiempo ha también que Dios me había prometido que te enviaría para que me visitases, porque eres compañero mío en el servicio de Dios. Mas ahora que ha llegado el tiempo de mi muerte, el tiempo por mí tan deseado (16), “de verme libre de las ataduras de este cuerpo, y estar con Cristo”; y porque ya (17), “concluida mi carrera... nada me resta sino aguardar la corona de justicia...”, por esto tú has sido enviado por el Señor, para que entierres mi pobre cuerpo y devuelvas la tierra a la tierra”.

Al oír S. Antonio estas palabras, entre lágrimas y gemidos le rogaba que no le dejase y que le tomase por compañero en tal viaje. —“No quieras lo que Dios no quiere —respondió S. Pablo—,

ni busques tu provecho, sino el de tus Hermanos. Bueno sería para ti dejar esta pesada carga del cuerpo y seguir al Cordero inmaculado en las moradas celestiales; pero a tus Hermanos conviene que vivas para que les enseñes y acabes de formarles con tu ejemplo. Por tanto te ruego que vayas luego —si no ha de ser te muy molesto— y me traigas el manto que te dio el Santo Obispo Atanasio, para que envuelvas con él mi pobre cuerpo y lo entierres”.

Pudo ciertamente decir esto S. Pablo para ahorrarle la pena de verle morir, como dice S. Jerónimo; o para quedar solo en oración mientras esperaba el momento de ser llamado para salir de este mundo, según otro autor (18); pero más bien nos adherimos a la opinión (19) de que el verdadero motivo (cfr. P. IV, c. 12, n. 3) era el celo apostólico de S. Pablo, que así quería demostrar su simpatía por el gran defensor de la fe católica contra la herejía arriana y quería morir en el seno de la Iglesia, de cuya fe S. Atanasio era todo un símbolo. ¿Cómo no vamos a ver en todo esto la Providencia de Dios...?

10. La infinita ternura de aquella despedida. “Pasmado, pues, S. Antonio de lo que acababa de oír sobre el manto de S. Atanasio (porque, no habiéndoselo dicho él, no podía saberlo sino por divina revelación); como si viera a Cristo en Pablo, y adorando a Dios en su pecho, ya no tuvo ánimo para replicarle. Entonces, pues, llorando silenciosamente, y besados tiernamente sus ojos y sus manos, tomó el camino para el monasterio que más tarde fue ocupado por los sarracenos” (el de Colzum, en 357; cfr. P. I, c. 14, n. 7).

“Por cierto que los pasos no podían seguir el impulso de sus anhelos; sin embargo, aunque su cuerpo estuviera extenuado por los ayunos y por lo avanzado de sus años, suplía con su ánimo las fuerzas que le faltaban. Por fin, fatigado y sin aliento, vencidas todas las dificultades, llegó a su celda. Y he aquí que, al salirle al encuentro, angustiados por la tardanza, los dos discípulos que, por razón de su ancianidad, habían empezado a servirle (20), como le dijeran: “¿Dónde habéis estado tanto tiempo, Padre? S. Antonio respondió: “¡Ay de mí, pecador, que sólo tengo el nombre de religioso! He visto a Elías, he visto a Juan Bautista en el desierto, y en verdad he visto a Pablo en el paraíso”. Sin decir más, y golpeándose el pecho con la mano, sacó de su celda el manto (o capa) de S. Atanasio.

Y al pedirle los discípulos que les declarase más lo que aquello era, solamente les respondió: Tiempo hay de hablar y tiempo de callar”.

“Y así salió de su celda, con tanta prisa, que ni siquiera se llevó nada para comer; y por el mismo camino de su venida se volvió, con los anhelos del ciervo que corre a la fuente de aguas, deseando saciarse una vez más con la vista de aquella excelsa santidad. Allí se le iban los ojos y toda el alma, ardiendo en deseos de ver al que había dejado en los umbrales del paraíso. Temía, en efecto, lo que sucedió: que diera su alma a Dios estando él ausente”.

11. El alma de S. Pablo subiendo a los cielos. “Diríase (21) que al águila vieja se le había renovado la juventud”; y lejos de desmayar, a medida que se acercaba al fin de su carrera iba aumentando sus fuerzas y ligereza. Pero estaba en los designios de Dios que no le había de ver más en este mundo.

“Amanecido ya el otro día, cuando sólo faltábanle tres horas de camino, he aquí que, levantando los ojos al cielo, vio el alma de San Pablo, entre millares de ángeles y los coros de los Profetas y Apóstoles, acompañada con músicas inefables y más blanca que la nieve, subiéndose a los cielos.

“Al momento, dejándose caer en el suelo sobre su rostro, echaba tierra a su cabeza en señal de dolor; y llorando y gimiendo, decía: ¿Por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte de mí? ¡Tan tarde te conocí y tan pronto te perdí!...

“Refería más tarde S. Antonio que con tanta velocidad recorrió lo restante del camino, que no parecía que andaba, sino que volaba. Al entrar en la cueva, vio, exánime, el cuerpo de S. Pablo arrodillado, con la cabeza alta y los brazos levantados al cielo, “en un gran gesto de oblación” (22). De tal manera, que, creyendo que aún vivía y oraba, arrodillóse también S. Antonio para orar junto a él. Mas después, al notar que no se le oía suspirar, como solía hacerlo durante su oración; e imprimiendo en su santo rostro un tierno y delicado beso, entendió que era muerto, y que el cadáver del santo, tal como lo había dejado su alma, continuaba en la misma actitud de orar a Dios, “para el cual (23) viven todas las cosas”, aunque sean inanimadas.

12. Los dos leones cavando la sepultura. “Entonces, después de amortajar y sacar afuera el cuerpo, mientras cantaba los himnos

y salmos que suelen decirse, según la cristiana tradición, para los difuntos; al encontrarse con que no tenía la herramienta necesaria para abrir la sepultura, le sobrevino una nueva angustia. Y en esta dificultad, fluctuaban en su mente muchos pensamientos, sin saber qué partido tomar. Porque decía: Si vuelvo al monasterio, necesito tres días para regresar, durante los cuales no conviene dejar sólo el santo cuerpo; y si me quedo aquí, no adelanto nada. Moriré, pues, aquí, Señor; y junto a este tu soldado caeré hasta dar el postrer suspiro”.

“Estando en este apuro, vio salir de las interioridades del desierto dos leones que, con sus crines al viento en su impetuosa carrera, se le iban acercando. Y aunque al verlos tuvo un poco de sobresalto, mas luego, levantando el corazón a Dios, se estuvo quedo y sin temor alguno, como si viera dos mansas palomas. Los dos leones se fueron derecho al cadáver del Santo anacoreta, y echados a sus pies, con el movimiento de sus colas demostraban su cariño. Después, con pavoroso estruendo empezaron a rugir, como si llorasen su muerte al modo que podían; y no lejos de allí pusiéronse a escarbar con sus manos y sus uñas; y sacando a porfía la arena, cavaron una hoya capaz para contener el cuerpo de un hombre. Y, como si tuvieran sentido y pidieran paga por su trabajo, moviendo las orejas y bajando la cabeza, se acercaron a S. Antonio, lamiéndole las manos y los pies. Entendiendo el Santo que le pedían la bendición, mientras alababa al Señor, a quien las bestias fieras reconocen y obedecen, dijo: Señor, sin cuya providencia no cae una hoja del árbol ni un pajarillo del aire, dad a estos animales lo que Vos sabéis que les conviene. Y haciéndoles seña con la mano, les mandó que se fuesen”.

13. S. Antonio da sepultura a S. Pablo y regresa al monte Colzum. “Habiéndose retirado los leones, tomó S. Antonio sobre sus hombros el santo cuerpo de su amigo, púsolo en la sepultura y lo cubrió de tierra, arreglándolo según la costumbre de los cristianos. Después de pasar en oración toda la noche ante la sepultura de S. Pablo, al día siguiente fue a ver por última vez la gruta que había sido casi por espacio de un siglo el único testigo de las virtudes del valeroso ermitaño, hallando en ella una sola cosa que diese testimonio de haber sido aquel lugar morada de un mortal. Era una túnica de hojas de palmera, tejida por el mismo Pablo. Tomóla Antonio para sí cual preciosa herencia y con este tesoro

regresó a su monasterio, y contó a sus dos discípulos, todo por su orden, lo que le había sucedido; y en prueba de la estima en que tenía aquella presea, vestíase la por fiesta y regocijo los días de Pascua de Resurrección y del Espíritu Santo”.

14. Muerto S. Pablo (24) el diez de enero, en tal día celebróse su fiesta hasta el siglo XVI, en que el papa S. Pío V la trasladó al 15 de dicho mes, como hoy la celebramos. Las reliquias de S. Pablo (25) fueron trasladadas a Venecia y más tarde a Buda, bajo la custodia de los Ermitaños de S. Pablo. Pero la gruta del Santo sigue siendo visitada, como el monte Colzum, donde murió S. Antonio; y la mejor prueba de ello es el “camino moderno” que desde Beni-Suef (cfr. P. I., c. 1, n. 13 s) conduce a sus respectivos santuarios. Casiano (*Collationes*, 18, 5) habla del Santo anacoreta, como también Sulpicio Severo (*Dialog.* I, 17), diciendo que ya en 402 la citada gruta había sido convertida en lugar de peregrinación.

NOTAS

(1) Dice Bolando (*Prologs.*, S. IX, 44) que S. Jerónimo la escribió en Italia o al llegar a Siria, luego de recibir de su amigo Evagrio la traducción de la *Vida* de S. Antonio (368). No es probable que la publicación de S. Jerónimo se hiciera tan pronto; pues para ello tuvo que encontrarse con Amatas y Macario, que le dieron los apuntes. Riber dice que la escribió “en 374 y en el desierto de Calcis”.

(2) Ep. 22 and Eust., ap. Bold., (ibíd., S. III, 14).

(3) Sabiendo que murió en 341 de edad de 113 años, su nacimiento tenía que haber acaecido en 228, y con esto deducimos las demás fechas de su vida. Su pueblo natal quizás fuera Hipponon, que está situado al lado del Nilo, en la misma latitud de la gruta del Santo anacoreta. La razón de tal suposición es lo que dice S. Jerónimo: Que S. Pablo, caminó siempre en dirección al Oriente hasta que encontró su gruta, situada a unos 10 a 15 km. antes de llegar al Mar Rojo. (Cfr. P. I, c. 1, n. 14).

(4) En el *Atlas Antiquus* de Perthes se ve bien destacada esta cordillera, que desde Hipponon, a orillas del Nilo y a unos 25 km. al sur del paralelo 29, va hacia el este, hasta juntarse con la otra cordillera del Galala meridional. En todo el trayecto se nota el curso de varios arroyos, lo cual hizo posible el camino del santo joven hasta su morada definitiva. Muy diferente del camino que siguió S. Antonio desde Pispir al Colzum, tan falto de aguas, como se ha dicho (P. III, c. 7).

(5) Característica general en todo el Galala meridional, como dijimos del Colzum: “*saxeus mons*” (cfr. P. I, c. 1, n. 11).

(6) Añade Riber (1. c., p. 151) que “en todo aquel contorno de roca (*indret rocós*) no eran pocas las montañas que mostraban claramente la huella de la mano del hombre y que el hierro las había excavado...” Podemos, pues, hacer extensivo a esta parte sur-este del Galala meridional, donde habitaba S. Pablo, lo que dice Estrabón (cfr. P. I, c. 1, n. 11)

sobre el origen de las cuevas del Colzum, es decir, que todo aquel núcleo de montañas había sido la gran cantera de donde salieron las piedras para la construcción de las milenarias pirámides de Egipto. Aquellas cuevas sirvieron después para los fabricantes de moneda falsas y más tarde fueron convertidas en moradas celestiales para cobijar a los ángeles de la tierra, como eran aquellos santos ermitaños.

(7) Este reinado terminó trágicamente el año 30 antes de Jesucristo.

(8) Sólo distaban, en línea recta, unos 30 km. los dos Santos anacoretas. (Cfr. P. I, c. 1, n. 14). Esta relativa proximidad fue preparada por la divina providencia desde veinte y tantos años antes, al hablar a S. Antonio (cfr. § 65, P. III, c. 5) por aquella voz del cielo, que le hizo cambiar de rumbo hacia el Oriente, cuando el Santo pensaba ir a la Tebaida superior. Así vino a establecerse por aquellos contornos donde vivía S. Pablo, para que en el tiempo oportuno destinado por Dios fuera posible el feliz encuentro que estamos refiriendo.

(9) Recuerdos mitológicos de una raza salvaje de hombres, que según la leyenda vivían en Tesalia, convertidos por los poetas en monstruos fabulosos, mitad hombres y mitad caballos: cfr. DANTE, *Infierno*, XII, 56:

*“E tra il piè della ripa ed essa in traccia
correan Centauri armati di saette,
come solean nel mondo andare a caccia.”*

(10) Nótese cuán antigua es la piadosa costumbre de defenderse contra peligros espirituales por la señal de la Cruz.

(11) Cfr. *Efes.*, 6, 10-18.

(12) Cfr. *Salmo* 18, 5: “Su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo se oyen sus palabras”.

(13) Cfr. *Ezequiel*, 16, 31: “Porque en cada encrucijada de caminos fabricaste tu burdel, y en toda plaza te hiciste un altar profano; y fuiste como ramera que con el desdén aumenta el precio”.

(14) *I Juan*, 14, 18.

(15) Según la disciplina monástica, la hora de comer era después de ponerse el sol; todo lo que pasaba de esta hora era prolongación del ayuno.

(16) *Philip.*, 1-23.

(17) *2 Tim.*, 4-7 s.

(18) En *El Santo de cada día*.

(19) De Guéranger (1. c., p. 292).

(20) Eran Amatas y Macario.

(21) Cfr. Riber (1. c., p. 156).

(22) Según frase de Riber, *ibíd.*

(23) “*Regem cui omnia vivant...*”, canta la Iglesia en el Oficio de difuntos.

(24) Cfr. *El Santo de cada día*, p. 159.

(25) *Ibid.*

VIDA DE S. HILARION, ABAD Y ESCLARECIDO DISCIPULO DE S. ANTONIO

SU FIESTA ES EL 21 DE OCTUBRE

1. Entre las glorias más puras de S. Antonio resplandece aquel simpático jovencito de quince años, San Hilarión, que con sólo dos meses de escuela con el Santo Fundador echó las bases de la más alta y sublime santidad y después introdujo el monaquismo en Palestina.

Vamos, pues, a extractar brevemente esta vida que, como la anterior, de S. Pablo, nos fue transmitida por S. Jerónimo.

2. **Patria, nacimiento y primeros años de S. Hilarión.** En el año 292 nació Hilarión en Tabatha, aldea de la ciudad de Gaza (1), en la región de los filisteos (Palestina). Hijo de padres idólatras, fue, como diríamos, una rosa entre espinas. Enviáronle a estudiar gramática con un maestro de Alejandría y desde luego se distinguió por su aplicación al estudio, por su conducta ejemplar y por la precocidad de su ingenio. De esta suerte fue querido por todos y progresó en las bellas artes. Pero lo principal es que, siendo un joven juicioso, no iba al teatro, huía de las carreras del circo y del espectáculo salvaje de los gladiadores; y de ahí vino a hacerse con buenas amistades, que le llevaron a las reuniones de los cristianos y a la iglesia, y así muy pronto abrazó la fe de Jesucristo”.

3. En la escuela de S. Antonio. Estaba el joven Hilarión en los 14 ó 15 años de su edad; y oyendo hablar de aquel célebre anacoreta cuyo nombre se pregonaba por todos los ámbitos de Egipto, encendido en un gran deseo de verle, encaminóse al desierto (2). “Ver a S. Antonio, pedirle que le admitiese por monje y aceptarle el Santo Fundador, todo fue uno. Y así, “cambiando su traje de seglar por el santo hábito”, quedóse el futuro Santo por espacio de unos dos meses en la escuela de las virtudes, que era la compañía de S. Antonio, “contemplando el orden de su vida y la gravedad y veneración que inspiraban sus costumbres; cuán constante era en la oración, cuán humilde al recibir a los Hermanos, severo en la corrección, persuasivo al exhortarles; aparte de sus ayunos y aspereza en la calidad de sus alimentos, que nunca interrumpía por motivo de enfermedad”. Sucedió esto en 307 (cfr. P. II, c. 6, n. 1).

4. A mayor soledad. Parece que S. Antonio, con espíritu profético, previó en aquel jovencito la altísima perfección a que había de llegar; y así, al pedírsele éste, le dio su aprobación para dar por terminado su aprendizaje y para que se retirase a una soledad completa (3). “Porque —como decía Hilarión a S. Antonio— el monte Pispir, visitado continuamente por tanta muchedumbre de gente que allá iba en busca de salud, ya no era un desierto, como antes, sino que se había convertido en una ciudad. Por tanto, no se encontraba allí la quietud necesaria para ejercitarse en la contemplación, como la había tenido S. Antonio en sus principios. Anhelaba Hilarión empezar por donde lo había hecho su santo maestro, el cual se había templado en la soledad y fortalecido en la lucha y entonces recibía el premio de la victoria, mientras que él no podía pensarlo así, pues todavía no había comenzado a luchar”: Así se expresaba el santo joven en su sed insaciable de aprovechar en la virtud.

5. Hilarión en Palestina. De acuerdo, pues, con el parecer de S. Antonio, se retiró con algunos monjes compatriotas suyos a Palestina. Como encontrara muertos a sus padres, cedió generosamente una parte de su herencia a sus hermanos y otra parte la repartió entre los pobres, sin guardarse para sí nada absolutamente. Estaba en los 15 años; y libre de las trabas del mundo y armado en Cristo con la pobreza, dirigióse al desierto aquel joven de complejión delicada, tan sensible al frío y al calor. No hizo caso a sus

parientes y amigos al advertirle del peligro que corría por estar infestado de ladrones aquel párramo. Despreció la muerte temporal para no caer en la muerte eterna. Y todos admiraban tanto valor y vida tan penitente en tan corta edad, pero en sus ojos chispeaba la llama del amor de Dios con los destellos de una viva fe.

6. **“Vestido, pues, muy pobremente,** con la túnica de penitente, o sea, la *ependita* (o *melota*), y la capita o *esclavina* que le diera S. Antonio al despedirle en Pispir, más el *cilicio* —que nunca dejaba— se internó el joven Hilarión en aquella vasta y terrible soledad (que empezaba a 7 millas al sur de Gaza).

Su alimento eran quince higos secos que, con algunas raíces, comía después de ponerse el sol, según la disciplina de los monjes de Egipto. Y para despistar a los bandidos, iba cambiando siempre de residencia.

7. **Comenzó el diablo a tentarle,** y a su vez, aumentó el santo joven su oración y penitencias. Y como el enemigo, despechado al verse vencido por aquel niño todavía, arreciara en las tentaciones, Hilarión entonces, airado contra sí mismo y azotándose, decía: “¡Ea, borrico! que te voy a amansar; ya verás cómo pierdes las ganas de jugar y dar coces. Voy a extenuarte con hambre y sed, aumentaré tu carga y tendrás que marchar entre fríos y calores, para que pienses más en la comida que en los deleites de la carne”. Llegó, pues, a sustentar con jugo de yerbas y con unos pocos higos secos cada tres o cuatro días su vida desfallecida; orando con frecuencia, cantando salmos y cavando la tierra con su azadón para duplicar el sacrificio de los ayunos con la fatiga del trabajo. Y en el entretanto, tejiendo cestillas de junco, se acomodaba a las reglas de los monjes egipcios, con lo cual quedó su cuerpo tan flaco y macilento, que apenas tenía los huesos. Habiendo aprendido de memoria las Sagradas Escrituras, después de las oraciones recitaba los salmos, sin perder nunca la presencia de Dios. Así conservaba la disciplina aprendida de S. Antonio”.

8. **El discípulo de S. Antonio luchando y triunfando del infierno.** Omitimos la narración detallada que hace S. Jerónimo (1. c., c. 2) de las terribles tentaciones de S. Hilarión, muy semejantes a las de S. Antonio, y en las cuales todo el infierno se coligaba para

aterrorizarle con toda clase de ruidos, bramidos y apariciones de fieras, de ejércitos... y de “aquel carro tirado por ardientes caballos prontos a precipitarse sobre él”. Pero el discípulo, usando de las mismas armas de su maestro, salía victorioso de todos estos artificios del diablo; y así, al santiguarse con la cruz de Cristo e invocar el nombre de Jesús, de improviso la tierra abrió su boca ante sus ojos y tragóse toda aquella ostentación de fuerza infernal”. Y sirviéndose, como S. Antonio, de las Sagradas Escrituras, dio gracias a Dios, diciendo (*Exod.*, 15-1): “Cantemos alabanzas al Señor, *porque...* ha precipitado en el mar al caballo y al caballero”. Y este otro versículo (*Ps.* XIX, 8): “Unos confían en sus carros armados, otros en sus caballos; mas nosotros invocaremos el Nombre del Señor nuestro Dios”.

Queda dicho, por lo tanto, que S. Hilarión tenía, como S. Antonio, junto con el nombre de Jesús, aquella otra arma de la señal de la santa cruz, que empleaba contra los demonios y en toda clase de peligros de alma y de cuerpo, para curar las enfermedades, etc., como se verá muchas veces en este compendio.

9. Segunda fase de su vida: Desde que empiezan los milagros hasta que salió de Palestina (310-356 = de los 18 a los 64 de su edad). De los muchos milagros que refiere S. Jerónimo, sólo extractamos unos pocos.

Siendo de edad de 18 años y viviendo S. Hilarión en un pobre tugurio de pastores, entretejido de juncos y de cañas, que apenas le preservaba del calor y de las lluvias, fueron a buscarle unos ladrones. Recorriendo aquel lugar toda la noche sin poder encontrarle, al llegar el día dieron con él y le dijeron:

—¿Qué harías si vinieran aquí los ladrones?

—Quien no tiene nada —dijo él— no teme a los ladrones.

—Por cierto —replicaron— que puedes ser asesinado.

—Puedo, sí, puedo; y si no temo a los ladrones, es porque estoy preparado para morir.

Entonces, admirados de su constancia y de su fe, confesaron lo que les había pasado durante la noche y que tenían los ojos ofuscados, prometiéndole mudar la vida en adelante.

10. Tenía solamente 22 años y su nombre era ya conocido en toda la Palestina. Viéndose una mujer despreciada por su marido

a causa de su esterilidad, resolvió ir a buscar al Santo Taumaturgo. Postrada a sus pies, antes que él pudiera precaverlo, le dijo: “Perdona mi atrevimiento; fíjate en mi necesidad. ¿Por qué apartas los ojos? ¿Por qué rehúyes a la que te está rogando? No veas en mí a la mujer, sino a la desgraciada. Este sexo engendró al Salvador. No necesitan de médico los sanos, sino los que padecen”. Por fin calló; y el Santo, después de tanto tiempo, miró a la mujer y le preguntó la causa de su venida y de sus lágrimas. Y una vez enterado, levantando los ojos al cielo, le dijo que tuviera confianza. Y la que se despidió llorando, regresó al cabo de un año con su hijo, para dar gracias al Santo por tal beneficio.

11. Curación de fiebres. Aristene, esposa de Elpidio, que luego fue Prefecto de pretorio, dama muy noble en la sociedad y mucho más noble como cristiana, al regresar con su marido y tres hijos de su visita a S. Antonio en Pispir, detúvose en Gaza a causa de la enfermedad de dichos hijos. Unas terribles fiebres, llamadas “cotidianas”, atacaron de repente a los tres al llegar a esta ciudad y fueron desahuciados de los médicos.

Abatidísima, sollozaba la mujer; y discurriendo como entre cadáveres por en medio de sus hijos, no sabía a cuál de los tres llorar primero. Mas habiendo sabido que en la vecina soledad habitaba el famoso monje S. Hilarión, allá se dirigió con algunas sirvientas la respetable matrona; y al llegar a la presencia del santo, llorando le dijo:

— Te ruego por Jesús, nuestro clementísimo Dios; imploro por su Cruz y por su sangre, que me devuelvas mis tres hijos, al fin de que sea glorificado en la ciudad de los gentiles (4) el nombre de nuestro Salvador; que su siervo entre en Gaza y así quede derribado el falso dios que los gacenses adoran.

Rehusándolo él y diciendo que nunca había abandonado su celda para entrar en una ciudad, postróse la matrona en el suelo, y con repetidos clamores le decía: Hilarión, siervo de Cristo, devuélveme mis hijos. A los que Antonio tuvo consigo en Egipto por ti sean salvados aquí en la Siria. Lloraban todos los presentes y lloró también el mismo Santo, mas no se retiró la mujer hasta que éste le prometió que puesto el sol entraría en Gaza. Y en efecto, allá fue; y con la señal de la Cruz, bendiciendo y signando una por una las camas y los cuerpos abrasados de la fiebre, invocó

al mismo tiempo el nombre de Jesús. Y ¡oh virtud maravillosa! como de tres fuentes brotó el sudor y simultáneamente. En la misma hora empezaron ya a comer y a reconocer a su madre, que aún lloraba; y bendiciendo a Dios, besaron las manos del Santo.

12. El monaquismo en Palestina. Dice aquí S. Jerónimo que, habiéndose divulgado por todas partes tan estupendos milagros, afluían al Santo gentes de toda condición, no sólo de la misma Siria, sino también de la región de Egipto lindante con aquélla. De esta suerte muchos creyeron en Cristo y abrazaron la vida monástica. Pues todavía no existían monasterios en Palestina ni se conocían los monjes en la Siria; San Hilarión fue el fundador y el maestro de este género de vida en este país. Ya tenía, pues, Nuestro Señor Jesucristo al Santo anciano Antonio en Egipto y al Santo joven Hilarión en Palestina.

13. Otro milagro refiere S. Jerónimo, diciendo que “desde la aldea de Facidia (en la frontera de Egipto) fue llevada a S. Hilarión una mujer ciega desde diez años antes. Al serle presentada por los Hermanos encargados de tal misión, dijo el Santo: Si hubieras acudido antes al verdadero médico, Jesús, te habría curado. Pero, clamando ella y pidiendo misericordia, a imitación del Divino Maestro (*Marc.*, 8-23) púsole saliva en los ojos y por virtud del Salvador la ciega recobró la vista”.

14. “Un carretero de Gaza, herido por el demonio mientras estaba en el carro, quedó completamente paralítico, hasta el extremo de no poder mover la mano ni volver la cabeza. Llevado en una camilla; como únicamente podía mover la lengua, con la cual rogó al Santo que le curase, oyó que no era posible recibir la salud si no creyera en Jesús y prometiera renunciar a su primer oficio. Creyó, prometió y fue curado; y aun se alegró más de la salud del alma que de haber recibido la del cuerpo”.

15. “Un forzado joven de nombre Marsitas, de la región de Jerusalén, jactábase tanto de sus fuerzas físicas, que desafiaba a cualquiera a llevar, como él, sobre sus hombros por mucho tiempo y a larga distancia quince modios de grano (5), y cifraba todo su honor en tal fortaleza, más propia de bestias que de hom-

bres. Llegando, pues, este atleta a ser poseso y atormentado por pésimo demonio, no le detenían, ni cadenas, ni grillos en los pies, ni los más fuertes cerrojos en las puertas. Nadie se le podía acercar; y tanto terror había infundido a todos, que por fin, cargado de cadenas y sujeto con fuertes cuerdas de todos lados, cual ferocísimo toro era conducido al monasterio donde estaba S. Hilarión. Al verle los Hermanos, espantados —pues era de extraordinaria estatura— fueron a avisar de ello a su Padre. Este, sentado, como estaba, mandó que se lo condujeran a él y que lo soltasen, y al quedar libre, le dijo: Inclina la cabeza y ven. A lo cual obedeciendo el endemoniado, se le acercó temblando y con la cabeza baja, sin atreverse a mirarle en la cara. Y depuesta toda su ferocidad, empezó a lamer los pies del Santo, que permanecía sentado. Conjurado, pues, y forzado el terrible demonio que poseía al desgraciado joven, al séptimo día salió”.

16. “Un poseso de una legión de demonios (6), llamado Orión, fue conducido al Santo. Era hombre muy principal y riquísimo de la ciudad de Aila, situada a orillas del Mar Rojo. Iba cargado de cadenas en sus manos, cuello, costados y pies; sus ojos, como de fiera, miraban amenazadores.

“Paseando, pues, el Santo con los Hermanos por la orilla del mar; y comentando no sé qué pasaje de las Sagradas Escrituras, se escapó aquél de las manos de los que le conducían; y abrazando al Santo por la espalda, le levantó en alto. Un grito de terror se escapó de todos, pues temían que estrujase aquellos miembros extenuados por los ayunos; mas el Santo, sonriéndose, dijo: “Soldadle y dejad que me las haya yo con él en la palestra”. Y sin más, poniendo la mano sobre sus hombros, tocólo en la cabeza, y asiéndole de sus cabellos, le condujo a su presencia. Estrechó con las suyas ambas manos del endemoniado, y pisando sus pies con cada uno de los suyos, repetía al mismo tiempo:

—“Vete de ahí, turba de demonios; sal de este hombre”.

Y como el poseso gimiera, y doblando el cuello, tocara con la cabeza en la tierra, dijo el Santo:

—“Señor Jesús, libra a este infeliz, libra a este cautivo; pues para Ti es igual vencer a muchos o a uno: propio es esto de tu poder”.

Y ¡cosa nunca vista!: de la boca de un solo hombre se oían diversas voces, como un confuso clamor de todo un pueblo.

Curado, pues, este poseso de tantos demonios que le atormentaban, no pasó mucho tiempo sin que volviese, con su mujer y sus hijos, al monasterio, trayendo muchos donativos en acción de gracias. Mas el Santo se negó a recibir nada, diciendo que la gracia del Espíritu Santo no se vende ni se compra. Y como Orión llorando le dijera: Recíbelo y dalo a los pobres, respondió S. Hilarión: Mejor puedes distribuirlo tú, que recorres las ciudades y conoces a los pobres... Y viéndole todavía triste y postrado en el suelo, le dijo: “No te entristezcas, hijo mío: lo que hago por mí es bueno para ti; porque, si aceptase esto, no sólo ofendería yo a mi Dios, sino que también volvería a ti la legión”.

17. **“Curación de un cantero.** Un trabajador de Gaza fue atacado de parálisis mientras estaba cortando piedras para la edificación en una cantera situada a la orilla del mar no lejos del monasterio; y llevado por sus compañeros de trabajo, al momento regresó sano a la cantera”.

18. **Cómo ganó un cristiano las carreras del circo.** “Habiendo en Gaza muchos idólatras, como queda dicho; y siendo despreciados los cristianos, no tuvo por menos hacer un milagro que redundara en prestigio de la Iglesia de Cristo frente a sus enemigos. Así fue que un cristiano llamado Itálico, teniendo buenos caballos para correr, acudió a S. Hilarión exponiéndole su piadoso objeto. Por tanto, después de rociar su caballo y el establo con el agua bendecida por el Santo, consiguió la victoria en las fiestas del circo, adjudicándose el primer premio en las carreras”.

19. **Libra de los malos espíritus a un personaje recomendado por el emperador.** “Un hombre natural de Franconia (Francia oriental), poseído del demonio desde su infancia, que por las noches le obligaba a gritar, gemir y rechinar los dientes, consiguió secretamente del emperador la “evección” para trasladarse hasta el monasterio donde moraba “el hombre de Dios”. Con este salvoconducto (que le permitía usar de los carruajes públicos y transitar por los caminos reservados al emperador) llegó al Consular o Gobernador de Palestina, quien le hizo acompañar con extraordinarios honores a Gaza. Espantados los gacenses ante el emisario imperial, acudieron en gran número, yendo con él hasta

encontrar al Santo, disimulando su odio (que siempre habían demostrado estos paganos) contra nuestra Santa Religión. Paseaba S. Hilarión en aquel momento por las blancas arenillas de la playa rezando uno de los salmos; y al ver a tanta gente, se detuvo. Después de los saludos de rigor y de bendecirles con la mano; pasada una hora con ellos, ordenó que se retirasen todos menos el citado personaje con sus sirvientes y su escolta, pues por sus ojos y su aspecto había comprendido el motivo de su venida”.

“Y luego de iniciar el interrogatorio el siervo de Dios quedó aquel hombre como suspendido en el aire de modo que apenas podía tocar la tierra con los pies; y rugiendo fieramente, respondió en lengua siria, en la cual había sido preguntado. Y era de ver cómo de una boca extranjera, que no sabía más que el franco y el latín, resonaban las palabras del más puro sirio, sin que faltara ni el acento ni la aspiración ni la propiedad en los vocablos del idioma de Palestina (7). De este modo contestó por el orden en que se le preguntó. Y después el Santo, para que sus intérpretes lo entendiesen (ellos que sólo conocían el griego y el latín) le preguntó también en lengua griega. Del mismo modo respondió en griego; y excusándose con las muchas ocasiones de encantamiento y otras obras del arte de la magia. —“No me importa (dijo el Santo) saber cómo entraste en este hombre, sino que salgas, y *en nombre de Nuestro Señor Jesucristo te lo mando*”.

20. S. Hilarión hace salir unos fieros demonios de un camello.

En efecto: todos los días le llevaban animales enfurecidos. Entre los cuales, se refiere la conducción de un camello *bactriano* (8) de enorme corpulencia, que había destrozado a mucha gente, y llegó al monasterio fuertemente sujetado con solidísimas cuerdas por más de 30 hombres y con grandes gritos. Sanguíneos eran sus ojos, sacaba espuma por la boca y movía la lengua inflamada. Sobre todo con sus fieros rugidos ponía espanto. Avisado el Santo anciano, mandó que a su presencia lo soltasen; pero enseguida los que lo habían guiado y los que se hallaban con el Santo huyeron todos a la desbandada, sin quedar ni uno solo. Entonces él fue a su encuentro, y en lengua siria le dijo: “No me atemorizas, diablo, con tanta mole de cuerpo; pues, así vengas bajo la forma de una pequeña raposa, como en un camello, no dejas de ser el mismo de siempre. En el entretanto, tenía la mano extendida; y habiéndose abalanzado contra él la bestia

enfurecida como para devorarle, de repente se desplomó y con la cabeza rozó la tierra, maravillándose todos los presentes de que tanta fiera hubiese parado en tan súbita mansedumbre.

21. Entonces enseñaba el Santo que, por causa de los hombres, también a los animales irracionales martirizaba el diablo; pues tan grande odio tiene a aquéllos, que, no sólo a ellos mismos, sino que aun a las cosas que les pertenecen quisiera destruir. Y como ejemplo de esto, recordaba lo que sucedió con el Santo Patriarca en su persona, destruyó sucesivamente sus ganados con sus pastores, su casa con sus hijos y todo cuanto poseía. Confirmaba todo esto con otro ejemplo sacado del Santo Evangelio (*Marc.*, V, 11-13), diciendo que nadie debe extrañarse de que, con el permiso del Señor, dos mil cerdos fueron muertos por los demonios. Porque de otro modo aquellos que lo vieron nunca hubieran podido creer que de un solo hombre hubiera salido tanta muchedumbre de demonios a no mediar la muerte simultánea de tan gran número de animales, que correspondía al de los demonios que Jesucristo había expulsado de aquel poseso”.

22. Correspondencia de S. Hilarión con S. Antonio. Dice aquí S. Jerónimo que “eran innumerables los prodigios obrados por S. Hilarión; y llegando a oídos de S. Antonio la noticia de su vida portentosa, le escribía y recibía con mucho gusto sus cartas. Si alguna vez de la región de la Siria llegaban enfermos a él, les decía: ¿Cómo os habéis molestado con un viaje tan largo, teniendo allá con vosotros a mi hijo Hilarión?”

Y en efecto, la vida del discípulo tiene mucha semejanza con la de su maestro. “Al influjo de su ejemplo, numerosos monasterios empezaron a florecer por toda la Palestina, acudiendo los monjes a porfía, por lo cual alababa y daba gracias al Señor y a cada uno exhortaba al aprovechamiento de su alma”.

23. También S. Hilarión, como su maestro, suspiraba por la soledad. Tenía el Santo 62 años (354); y al ver que aquel gran monasterio, lleno de una multitud de Hermanos que con él habitaban y a las muchedumbres de gente que le traían enfermos de toda clase y posesos de los espíritus inmundos, de suerte que toda

aquella soledad estaba ocupada día y noche, lloraba sin cesar y con increíble anhelo suspiraba por su antigua forma de vida. Preguntado por los Hermanos qué temía y por qué se afligía, dijo: “De nuevo he vuelto al siglo y he recibido mi premio en esta vida. He aquí que en Palestina y en Egipto me juzgan de alguna importancia; y yo, con el pretexto del monasterio y para atender al sustento de los Hermanos, me ocupo en los viles menesteres de la vida presente”.

24. Tuvo revelación de la muerte de S. Antonio. “Habiendo vivido, pues, con estas angustias por espacio de dos años, he aquí que vino a verle aquella Aristene, esposa del Prefecto, con el propósito de seguir viaje para ir a visitar a S. Antonio. A lo cual dijo llorando: “Quisiera yo también ir allá, si no estuviera encerrado en la cárcel de este monasterio, y si no fuese en vano mi viaje: *hoy, en efecto, hace dos días que todo el mundo quedó huérfano de un tal Padre*”. Creyó ella y suspendió el viaje; y a los dos días, llegado un mensajero, oyó la noticia de la muerte de S. Antonio”.

25. Huyendo de los honores, prepara la partida, pero divulgado esto, se reunieron más de diez mil personas para impedir que el Santo anciano se les fuera. El, sin embargo, inmutable y sordo a los ruegos, moviendo las arenas con su bastón, hablaba de este modo: “...*no puedo ver destruidas las iglesias, pisoteados los altares de Cristo, derramada la sangre de mis hijos*”. Era una profecía de lo que sucedió en la persecución de Juliano el Apóstata (362-363), de que fue objeto aquel monasterio.

“Como seguían custodiándole para que no partiera, entonces aseguró a todos, en alta voz, que no tomaría nada de comida ni bebida si no le dejaban ir. Después de siete días de abstinencia, dejáronle libre, por fin; y seguido de infinito número de acompañantes hasta el vecino pueblo, logró persuadir a la muchedumbre que se disolviese; y quedando solo, con algunos monjes, siguió camino para Egipto.

26. El monje Esiquio, que amaba entrañablemente al Santo, quedó encargado del monasterio. Después de siete años pudo reunirse otra vez con S. Hilarión y fue su amparo en los últimos tiempos de su vida, como se verá en su lugar.

27. Tercera fase de su vida (356-365): S. Hilarión en Egipto y en otras partes, hasta su entrada en la isla de Chipre. No puede permanecer oculto porque sus milagros le delatan.

“Después de 49 años de ausencia y a los 64 de edad, traspasaba nuevamente la frontera de Egipto, huyendo de una gloria y de unos honores sólo comparables a los de su antiguo maestro S. Antonio. Pensaba encontrar en este país un lugar donde pasar desconocido lo restante de su vida, aunque Dios lo tenía dispuesto de un modo muy distinto. En los 16 años de vida que le quedan brillará por todas partes la luz del siervo de Dios, para gloria divina y provecho de las almas.

Pasó unos días con los monjes de un desierto situado en el norte de Egipto; después visitó a algunos obispos desterrados por Constancio, llenándoles de consuelo, y finalmente llegó a Afroditá, para ir desde allí al “monte de S. Antonio” (Colzum), a venerar los lugares santificados por la vida y muerte de su inolvidable maestro. Arreglóse con el diácono Baisane, que en veloces dromedarios alquilados solía llevar en vida de S. Antonio, a muchos peregrinos que iban a visitarle. “En tres días —dice S. Jerónimo—, marchando por una vasta y horrible soledad, llegó por fin, con otros monjes que le acompañaban, a un monte altísimo, donde encontraron a otros dos monjes, Isaac y Pelusiano, de los cuales el primero había sido el intérprete de S. Antonio.”

28. Descripción de S. Jerónimo. “Para aprovechar —añade el Santo Doctor— la ocasión, tan a tiempo llegada, he creído digno describir con breves palabras la pequeña habitación de un tan grande hombre (9). La montaña, de piedra y elevada hasta unos mil pasos, a sus pies destila sus aguas; de las cuales unas son absorbidas por las arenas y otras, deslizándose hasta el valle, paulatinamente forman un arroyo, a cuyas orillas innumerables palmeras revisten de amenidad y de comodidad aquel sitio. Habría que ver al Santo anciano (Hilarión) discurrir de aquí para allá con los discípulos de S. Antonio, que todo se lo explicaban, diciendo: “Aquí solía salmodiar, aquí orar, aquí trabajar; aquí, fatigado, sentarse. Estas vides, estos árboles frutales él mismo los plantó; aquella pequeña era, él solo con sus propias manos la hizo; este estanque para regar el huercecillo, a fuerza de sudores lo construyó; este azadón, para cavar la tierra, por espacio de muchos años lo empleó.”

“Y S. Hilarión besaba tiernamente las paredes y el piso que sirvió de lecho a S. Antonio. Y era la medida de la pequeña celda no mayor que el espacio que necesita un hombre para dormir. Aparte de esto, en la cima de la montaña, a donde subían en forma de caracol o espiral y con grandes esfuerzos, veíanse otras dos celditas de la misma medida, en las cuales habitó S. Antonio para retirarse del trato continuo con los que le visitaban y de la excesiva familiaridad con sus discípulos. Pero estas celdas, cortadas como estaban en la piedra viva, tenían sus puertas tan sólo adheridas”, etc. Pasó el Santo una noche orando en la celda donde murió S. Antonio; y satisfecha su devoción, regresó a Afrodita. Quedóse solamente con dos Hermanos y fijó su residencia en el vecino desierto (Der-el-Memún), donde está emplazado el monte Pispir y donde se había despedido, en 307, de su Santo maestro para regresar a Palestina.

29. Los milagros delatan al “sucesor de S. Antonio” (h. 359).

En el citado desierto vivió con tanta abstinencia y silencio, que llegó a decir que “entonces había comenzado a servir a Cristo”; pero sucedió lo siguiente:

“Tres años hacía que, cerrado el cielo, habíanse agostado las tierras de Egipto, de tal suerte, que por todas partes se decía que aun los elementos lloraban la muerte de S. Antonio. No permaneció oculta para aquellos habitantes la fama de S. Hilarión y acudieron a porfía, sedientos y extenuados por el hambre, hombres y mujeres al siervo de Dios, es decir al “sucesor de S. Antonio”, suplicando les alcanzase la lluvia. Al verles el Santo, compadecióse de modo indecible su tierno corazón; y alzando los ojos al cielo y ambas manos en alto, al momento consiguíoles lo que pedían.”

30. Mas he aquí otros milagros; porque, “al quedar empapada con las lluvias aquella tierra sedienta y arenosa, vióse de repente tal hervidero de serpientes y otros animales venenosos (que abundan en Egipto), que fueron innumerables los heridos por las picaduras, muchos de los cuales al instante hubieran perecido si no hubiesen acudido a S. Hilarión. Untando la picadura con el aceite que bendijo el Santo, todos aquellos labradores y pastores recobraban indefectiblemente la salud.”

31. Sale para Alejandría (a mediados del 362), huyendo de los extraordinarios honores de aquella gente; mas antes de llegar a la ciudad, desvióse algo hacia el sur-oeste, visitando de paso a algunos Hermanos conocidos que habitaban en el antiguo barrio aristocrático del Bruquio, de los palacios de los Tolomeos, pero convertido ya en soledad y ruinas (10). Aquellos monjes le recibieron con increíble alegría; mas viendo que, al anochecer, se disponía a seguir su camino hacia el vecino desierto de la Libia, echados a sus pies, le rogaban que no hiciera tal cosa. Díjoles entonces: “Cabalmente para evitaros un gran disgusto me doy prisa: ya sabréis, por lo que sucederá, que no sin causa me voy tan pronto. Y en efecto, los *gacenses*, que habían salido en su persecución y habían averiguado su llegada al monasterio, al ver que allí no se encontraba, decían entre sí: ¿Acaso nos habrán engañado? Y era que aquellos idólatras de Gaza habían conseguido de Juliano el Apóstata que decretase la muerte de S. Hilarión y de su fiel discípulo Esiquio y por todo el imperio se despacharon órdenes para que fueran buscados.”

32. En un oasis de los desiertos de Libia permaneció cosa de un año; hasta que la fama de sus milagros le descubrió nuevamente y en el puerto de Paretonio se embarcó para Sicilia. Sucedió esto a mediados del 363, pues en dicho puerto supo la muerte del Apóstata.

“Acompañado siempre de su fiel Hermano “el *gacense*”, dirigíase el Santo a la citada isla y he aquí que el hijo del patrón de la barca, poseído del demonio, empezó a gritar, diciendo: “Hilarión, siervo de Dios ¿por qué, a causa de ti, no podemos tener tranquilidad ni siquiera en el mar? Dame tiempo hasta que llegue a tierra, para que, si me echas de aquí, no sea precipitado al abismo. A lo cual contestó el Santo: Si mi Dios te lo concede, quédate; pero si El te arroja ¿por qué me inculpas a mí, hombre pecador y miserable? Al poco rato quedó libre el muchacho, con promesa del padre y demás acompañantes de que con nadie hablarían del asunto ni descubrirían su nombre.”

33. Poco tiempo estuvo en la isla de Sicilia, pues los demonios, atormentados por la presencia del Santo, por boca de un poseso le dieron a conocer, publicando su nombre a gritos; como

lo hacían con Jesucristo, Nuestro Señor, cuando gritaban —por medio de sus posesos— diciendo: (*Luc.*, 4-41): “Tú eres el Hijo de Dios”. Desde entonces S. Hilarión no pudo permanecer oculto en Sicilia, pues un gran número de enfermos y de hombres religiosos de toda Italia, yendo allá todos los días, le quitaron su amada soledad y resolvió embarcarse de nuevo para ir a otras regiones.

34. El fidelísimo Esiquio (cfr. *supra*, n. 26) llegó por aquellos días, después de buscar al Santo durante dos años. Había recorrido el mundo con la única esperanza de que dondequiera que se hallase no podría quedar oculto por mucho tiempo. Al encontrar, pues, ahora al venerado maestro con tanto trabajo buscado, abrazándose a las rodillas del anciano y regando con lágrimas sus pies, así permaneció mucho hasta que por él fue levantado. Pasados dos días en su compañía, y de acuerdo con el Santo, tomó los pasajes en una nave que iba a las costas de Dalmacia; y al llegar a Epidamno (11), desembarcaron los tres peregrinos.

35. “En Dalmacia se encontró con un motivo de enorme zozobra, que le movió a hacer otro milagro asombroso. Y era que una serpiente de extraordinaria corpulencia, de aquellas que llamaban boas, devastaba toda la provincia a su paso; pues, no sólo engullía los ganados, sino que aun a los agricultores y pastores fascinaba con la vista y los atraía hasta devorarlos. Habiendo, pues, encargado el Santo que le preparasen una gran cantidad de leña en forma de pira; después de invocar a Cristo, hizo comparecer a la serpiente, ordenándole que subiese sobre la leña y le prendió fuego. De esta manera, a la vista de todo el pueblo, abrasó la feroz bestia.”

36. El terremoto de Dalmacia. “Preparábase para huir a otras regiones solitarias cuando sobrevino aquel horrible temblor de tierra que por aquellos años subsiguientes a la muerte de Juliano el Apóstata asoló a Dalmacia. Los mares salían de su lecho; y como si Dios amenazase con un nuevo diluvio, o que las cosas volviesen al caos primitivo, las naves empujadas por las olas hacia la escarpada cordillera quedaron suspendidas entre los riscos. Viendo, pues, los habitantes de Epidamno embravecerse el mar y encrespase las olas imponentes, y que

las montañas del abismo amenazaban volcarse sobre la tierra; temiendo el peligro inminente de que la ciudad quedase arrasada, acercándose al Santo y marchando como en orden de batalla, le pusieron en la orilla del mar. Entonces S. Hilarión, habiendo hecho tres cruces en la arena, y extendiendo las manos hacia el mar embravecido, es imposible describir desde cuánta altura bajó subyugado a sus pies. Y bramando aún por mucho tiempo, como si se indignara contra el dique, poco a poco volvió a su estado normal, balanceándose suavemente.”

37. Hacia la isla de Chipre. “Tan estupendos milagros se divulgaron por toda la región de Dalmacia; y al ver el Santo que ya era imposible librarse de los honores y dedicarse a Dios en la soledad, resolvió marcharse a otra parte donde no fuera conocido. Tomando, pues, un esquife, huyeron calladamente durante la noche los tres peregrinos; y encontrando después de dos días, una nave de carga, partieron para Chipre.”

38. Con la oración rechaza el ataque de unos piratas. Mientras la nave entraba en el estrecho de Malea y Citera (11 bis) fue atacada por unos piratas que estaban en acecho; y al tiempo que los marineros, entre congojas y llanto, preparaban las flechas para defenderse, los discípulos del Santo (que estaba en oración bajo cubierta) uno después de otro avisábanle del peligro que corrían. Entonces, saliendo y mirando a los piratas, que en dos rápidas chalupas se les venían encima, sonrió el Santo anciano. Y cuando se hallaban solamente a tiro de una piedra las huestes amenazadoras, que con los espumosos espolones se acercaban, levantóse sobre el borde de la proa, y extendiendo la mano, dijo: “¡Hasta ahí basta!”...Al momento retrocedieron las chalupas enemigas, y contra el empuje de los remos, eran impelidas hacia atrás. Estupefactos, veían los piratas que contra su voluntad retrocedían; y esforzándose con todas sus energías por llegar a la nave, eran llevados a la orilla mucho más aprisa que no habían venido.” Entonces, libre ya la nave, siguió su marcha.